

La actualidad de las ideas de Manuel Sacristán sobre revolución y pacifismo

Enric Prat Carvajal *

En este artículo se analizan las ideas de Manuel Sacristán sobre revolución, violencia, pacifismo y no-violencia en sus últimos años de vida, concretamente desde 1979, año de publicación del primer número de la revista *mientras tanto*, hasta su muerte en agosto de 1985. Estos años corresponden, siguiendo el criterio de Juan-Ramón Capella, al segundo de los grandes periodos en la obra madura de este filósofo, durante el cual “su pensamiento puso las bases de una profunda reelaboración temática de las razones de la izquierda social”¹. Una parte importante de los escritos políticos de Sacristán de aquella época se publicaron en *mientras tanto*, una revista que fundó y dirigió en sus primeros años de existencia y desde la que ejerció una considerable influencia intelectual y política. En el apartado final del texto se sitúan algunas proposiciones sobre revolución y pacifismo, a partir de las ideas de Sacristán y de mis propias opiniones, que quizás puedan servir para pensar de nuevo sobre la transformación o la revolución social.

I

Manuel Sacristán dejó muy claro en sus escritos de esos años que frente al sistema capitalista y el estado burgués él se situaba en una actitud de izquierda revolucionaria. Pero era consciente de las tremendas dificultades que existían, hacia finales de la década de 1970 y los primeros años de la década de 1980, para que pudiera abrirse camino una perspectiva de cambio político y social radical. Los revolucionarios lúcidos de aquella época reconocían que después del triunfo, en la transición, de la opción de reforma pactada frente a la de ruptura democrática, se había iniciado una etapa de retroceso de las posibilidades de cambio revolucionario y que convenía poner el acento en una estrategia de resistencia. Esta apreciación se iría extendiendo entre las diferentes fuerzas sociales y políticas de izquierdas cuando a la derrota política sufrida en la transición se le sumó una crisis económica profunda, una de cuyas consecuencias fundamentales sería las reestructuraciones de sectores industriales clave (textil, siderurgia...), que obligaron al movimiento obrero a plantear una acción sindical defensiva en contra del cierre de empresas y por la defensa de los puestos de trabajo que se estaban destruyendo.

* Doctor en Historia por la Universidad Pompeu Fabra, profesor asociado del Departamento de Ciencia Política y de Derecho Público de la Universitat Autònoma de Barcelona, investigador del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales de la Universitat Pompeu Fabra, miembro del Consejo Editorial de la revista *Sin Permiso* y del Consejo Asesor de la revista *Viento Sur*. Agradezco a Juan-Ramón Capella, David Casassas, Salvador López Arnal, Jordi Mir Garcia y Mercè Renom la lectura y los comentarios a la primera versión de este artículo.

¹ Juan-Ramón Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005, p. 14.

En una nota editorial escrita el 15 de marzo de 1981 y publicada en el número 7 de *mientras tanto*, Sacristán precisaba el alcance del “desencanto” que existía en aquellos momentos en España y señalaba algunas de sus principales causas, unas derivadas de la evolución de la transición española y otras de carácter internacional:

[...] es probable que lo que está desencantando a mucha gente de las conductas políticas de sus representantes sea el sometimiento de esas conductas a los datos objetivos de la situación, a las *compatibilidades del sistema* estatal y mundial imperante. Es probable que la raíz del desencanto sea cierto realismo, la aceptación de la sociedad en que vivimos. [...] Por tibia que sea, una izquierda tiene al menos pretensiones reformistas. La imposición, cada vez más sin resquicios, de los criterios de compatibilidad económica y política de la realidad dada tiene un efecto destructor de la autoconsciencia de la izquierda.

[...] el hecho del desencanto es la resultante político-moral de la crisis de dos esperanzas de cambio social profundo: la esperanza de la III Internacional y la esperanza que representó el sector de la Internacional Socialista identificable con la socialdemocracia sueca y la alemana. Es la crisis de esas esperanzas, la resultante falta de perspectiva propia, lo que se manifiesta en el hecho de que los mismos partidos de la izquierda –en el gobierno o en la oposición– acepten más o menos explícitamente los criterios de análisis y solución de la presente crisis económica postulados por las fuerzas capitalistas: la reducción más o menos drástica del valor de la fuerza de trabajo y la pugna por conquistar un lugar ventajoso en la nueva división internacional del trabajo, pugna que implica una peligrosa competición armamentista. Así, las izquierdas oficiales van aceptando (y practicando cuando están en el gobierno) políticas que siempre habían sido rechazadas por su tradición y que, a veces, incluso lo han sido con todas las letras por resoluciones de sus propios congresos.²

En una entrevista que Sacristán concedió a la revista *Dialéctica* de la Universidad de Puebla, México, en febrero de 1983, indicó algunas de las causas de la crisis del marxismo en Europa y de la derrota que había sufrido el PCE en la transición española:

[...] creo que la más importante es el descrédito de la URSS en grandes sectores de las clases trabajadoras europeas y la extinción de los restos de aspiración revolucionaria que aún quedaran en la socialdemocracia después de la segunda guerra mundial. [...]

Sólo luego de eso consideraría los errores y los vicios de los partidos comunistas [...]. Errores y vicios han sido, sin duda, muchos. Pero, sin pretender generalizar, sino ateniéndome a la experiencia española [...] me parece que la situación de extrema derrota a que ha llegado ese partido no se explica tanto por el *debe* de su saldo histórico cuanto por el repliegue de la clase obrera en la crisis. [...]

[...] En cualquier caso, repito, a pesar de mi profundo desacuerdo respecto de la política del PCE [...], creo que los factores de su crisis rebasan con mucho la torpeza o los vicios de las correspondientes direcciones, y reflejan una situación de derrota de las clases trabajadoras.³

² Manuel Sacristán, “En muchas partes cuecen desencantos”, *mientras tanto*, nº 7, 1981, pp. 16-19.

³ Manuel Sacristán, “Entrevista con Manuel Sacristán”, *Dialéctica*, febrero de 1983. Reproducida en *mientras tanto*, nº 16-17, agosto-noviembre de 1983, pp. 195-211.

Como se puede comprobar, Sacristán criticaba el comportamiento de la izquierda que se había resignado a aceptar el sistema dominante pero consideraba que en el “desencanto” y en la derrota de los comunistas en la transición española también habían influido otros factores, como el retroceso del movimiento obrero y el descrédito del régimen imperante en la URSS.

Sacristán y el colectivo de personas aglutinadas en *mientras tanto*, en la carta de la redacción publicada en el primer número de la revista (noviembre-diciembre de 1979), constataban que “el mal momento de la cultura socialista” tenía “una consecuencia de particular importancia: la incapacidad de renovar la perspectiva de *revolución social*”. Precisamente, uno de los objetivos de *mientras tanto* sería contribuir a la renovación de la perspectiva revolucionaria en aquel periodo histórico peligroso, tanto por el aumento de la tensión entre la URSS y Estados Unidos y la posibilidad de que se desencadenara una guerra internacional, que podía ser librada con armas nucleares, como por la destrucción del medio ambiente que estaban provocando los sistemas industriales occidentales y del este europeo. En ese sentido, en la mencionada carta de la redacción se planteaba la necesidad de que los movimientos ecologistas se dotaran “de capacidad política revolucionaria”, de que los movimientos feministas decidieran “fundir su potencia emancipadora con la de las demás fuerzas de la libertad” y de que las organizaciones revolucionarias clásicas comprendieran “que su capacidad de trabajar por una humanidad justa y libre” tenía “que depurarse y confirmarse a través de la autocrítica del viejo conocimiento social que informó su nacimiento, pero no para renunciar a su inspiración revolucionaria”.⁴

Por otra parte, frente a una izquierda que cada vez más se iba acomodando a una labor de oposición esencialmente de tipo parlamentario, Sacristán situaba como una prioridad el trabajo político en la sociedad para iniciar el resurgimiento de la izquierda social y concebía la política en un sentido amplio, no restringido a la política parlamentaria e institucional, incluyendo también la política que se puede hacer, directamente y desde abajo, en la sociedad.

Para atenernos a España: es muy probable que Santiago Carrillo lleve razón cuando repite su tesis de que no hay alternativa de izquierda a la política que él dirige, siempre que por política se entienda una tarea parlamentaria e institucional conforme al sistema.

Pero de esa circunstancia se desprenden, por lo menos, dos consecuencias posibles en alternativa, y no sólo la de someterse a las compatibilidades de la realidad presente, practicando una política para la cual no hace falta que exista una izquierda organizada. También se puede inferir de la situación esta otra consecuencia: *cambiar la concepción de la política*, prestando mucho mayor interés a la sociedad, a las poblaciones, al estado de consciencia de éstas respecto de los peligros bélicos, industriales y agrícolas (agro-business) que las amenazan, y renovando en los parlamentos la vieja función cultural de caja de resonancia de las auténticas necesidades de las clases trabajadoras. Es

⁴

“Carta de la redacción”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 5-7.

posible que esa concentración sobre sí misma fuera el comienzo de un renacimiento de la izquierda social más allá del desencanto.⁵

Esta concepción amplia de la política estaba muy relacionada con su visión crítica de la democracia representativa: “[...] somos muchos los que creemos que no es verdad que la voluntad general esté representada y recogida en la democracia que ellos llaman representativa y nosotros llamamos indirecta, es decir, en las democracias burguesas. [...] no creo que un parlamento burgués represente la voluntad general”.⁶

Y acabaría proponiendo, en el coloquio posterior a la conferencia que pronunció en Gijón el 9 de julio de 1985, un mes antes de su muerte, que en vez de seguir confiando en los grandes partidos y en la democracia indirecta se pusiera en marcha un programa de actuación centrado en la constitución de asociaciones y comunidades de base, formadas por voluntarios y dedicadas a la resolución de cuestiones concretas, pero relacionadas entre sí y compartiendo un pensamiento alternativo global semejante:

La vía de no integrarse en el sistema de democracia indirecta, parlamentaria o soviética, la única manera –que a mí personalmente, dicho sea de paso, me entusiasma mucho- sería crear un nuevo federalismo desde la base, es decir, ponerse a crear instituciones de base completamente. [...] en vez de grandes partidos y grandes cosas, formar una asociación dedicada a tal cosa, una dedicada a tal otra, pero todas animadas por un pensamiento alternativo global. Aunque en su práctica de cada día no hagan más que trabajar por evitar la degradación del tal bosque o de tal cosa. O bien la incorporación de la mujer a tal aspecto de la vida social, o bien la oposición a tal campo de tiro o a tal instalación militar. [...] El largo desarrollo alemán que culminó en la fundación del Partido Verde, tenía, sociológicamente considerado, la gran realidad de algo así como doce años de lo que ellos llaman *iniciativas ciudadanas* y yo he llamado ahora *sector público voluntario*. Es decir: grupos que sin cobrar, sin profesionalidad, garantizaran por ejemplo el cuidado de los niños huérfanos del barrio, el cuidado de las madres solteras a punto de parir, el cuidado de los hombres enfermos [...]. Esto hecho voluntariamente: servicio público pero hecho por ellos, sin intervención ni del estado, ni mucho menos de las grandes fundaciones privadas –bancos, etc.- [...]. Eso en España no existe ni de lejos, pero ni incipientemente. Nuestros grupos pacifistas son grupos de gente que trabaja en otra cosa, se reúne un rato una vez por semana, bueno, y así todo. En esas condiciones el problema de la inserción en el sistema político establecido yo creo que, para nosotros, si somos razonables, ni se presenta. El problema que se presenta es el de formación de comunidades de base. De un sector público voluntario.⁷

En definitiva, según Sacristán, la izquierda, después de la derrota sufrida en la transición, debía actualizar su estrategia de transformación, sin perder el fundamento y la aspiración revolucionaria, centrando sus esfuerzos en una

⁵ Manuel Sacristán, “En muchas partes cuecen desencantos”, *mientras tanto*, nº 7, 1981, pp. 16-19.

⁶ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

⁷ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

tarea prolongada de creación y potenciación de asociaciones de base y de movimientos sociales alternativos como el ecologista, el feminista y el pacifista. Le parecía necesario el desarrollo de un trabajo político extraparlamentario de base como condición necesaria para que en el futuro se pudiera realizar una labor parlamentaria estrechamente vinculada a los movimientos sociales alternativos y de la clase trabajadora, tarea que en aquellos momentos no estaban llevando a cabo los partidos políticos de izquierdas con representación parlamentaria.

Pero, insisto, Sacristán no se engañaba respecto a la situación política y social existente. Una muestra de sus análisis honestos la podemos encontrar en su respuesta a una de las preguntas que se le planteó en una entrevista realizada en diciembre de 1984 para un programa de radio que no se llegó a emitir, pero que se publicaría posteriormente, tras su muerte, en el periódico *Plaça Gran*. El entrevistador, Albert Jordana, le formuló la siguiente pregunta: “¿Cómo valora el grado de audiencia que tiene el movimiento pacifista en España?”. Sacristán contestó lo siguiente: “Es una audiencia muy importante, desde el punto de vista ecopopular, y en cambio mucho más pobre organizativamente. Hasta ahora el movimiento ha conseguido manifestaciones muy importantes, sobre todo en las grandes ciudades, como Barcelona y Madrid, pero en cambio no se ve aún una acción organizada suficiente.”⁸

También es muy significativo que en su conferencia de julio de 1985 en Gijón, en un periodo en el que se estaban desarrollando en España movilizaciones ciudadanas masivas a favor de la paz, el desarme y la salida de la OTAN, manifestara que veía “un trasfondo de pesimismo acerca de la situación de las fuerzas políticas y sociales con las que yo siempre he vivido en comunión –lo que tradicionalmente se llamaba la izquierda-” y reconociera la debilidad y las dificultades que tenían los movimientos alternativos en España:

El feminismo organizado [...] no ha seguido ni mucho menos la marcha que le podíamos augurar en sus comienzos en los años sesenta –el nuevo feminismo, quiero decir-: ha decaído muchísimo el organizado. Eso no quiere decir que no haya un estado de ánimo mucho más receptivo a los problemas de la mujer en nuestra civilización [...].

Los movimientos ecologistas, sin estar tan mal parados como el feminismo organizado, sin embargo no tienen el ímpetu que tenían a principios de los años setenta [...].

Y en cuanto a los movimientos por la paz y antimilitaristas, que son los que conservan más vitalidad –incluso han cobrado nueva vitalidad-, hay que decir que chocan con un poder imponente y violento [...].⁹

Ahora bien, su análisis realista de la situación de los movimientos alternativos no le condujo a desvalorizar ni su función ni su potencial. Por el contrario, siguió estando muy convencido, hasta su muerte, de “la irrefutabilidad de las bases de los movimientos alternativos, de las bases doctrinales” que según su

⁸ “Entrevista a Manuel Sacristán” (*Plaça Gran*), 1984, en: Salvador López Arnal y Pere de la Fuente, *Acerca de Manuel Sacristán*, Barcelona, Destino, 1996, pp. 241-248.

⁹ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

parecer era “lo más importante de esos movimientos”, como señalaría en la conferencia de Gijón de julio de 1985:

Aunque haya algunos autores [...] que no reconocen la calidad del fundamento doctrinal de los movimientos alternativos, los demás críticos de estos movimientos sí que empiezan por reconocer esos fundamentos. Tanto el hecho, obvio, de la opresión de la mujer en el pasado de nuestra cultura y también en el presente -opresión económica; opresión hasta en muchos casos física, y opresión cultural y política-, como la innegable degradación del medio ambiente por un lado, el hecho no menos innegable, y todavía más grave, de que nuestra civilización es una civilización montada sobre recursos no renovables [...]; ni tampoco discuten, salvo excepciones [...] los fundamentos del movimiento pacifista: el hecho, esto es, de que aparte de que la muerte violenta, el inferir violentamente la muerte, siempre haya sido un mal, en las circunstancias de la tecnología moderna [...] ese mal se multiplica por un factor que ni siquiera conocemos hasta desembocar en la posibilidad, pues, de un exterminio de la especie y de otras muchas especies, de la mayoría de los animales superiores.¹⁰

Para Sacristán, los fundamentos doctrinales y las temáticas abordadas por movimientos alternativos como el feminista, el ecologista y el pacifista eran imprescindibles para la renovación del ideario socialista en una etapa, según su percepción, “de pérdida de esperanzas de cambio social revolucionario en grandes masas de población”, en “un período en el que la actitud revolucionaria se encuentra mucho más en países del Tercer Mundo que en la Europa Occidental”.¹¹

II

Sacristán advirtió en diversas ocasiones que los revolucionarios no podían obviar la cuestión del poder político. En su comunicación a las jornadas de ecología y política, celebradas en Murcia del 4 al 6 de mayo de 1979, señalaba que el movimiento revolucionario no debía “perder su tradicional visión realista del problema del poder político, en particular del estatal”.¹² Unos días después, en la intervención que hizo en un coloquio con Wolfgang Harich celebrado el 10 de mayo de 1979 en el Centre de Treball i Documentació (CTD) de Barcelona, Sacristán insistía en esa advertencia recordando “que no ha habido ningún cambio social que permita ignorar la cuestión del poder” y afirmando que “para toda cuestión revolucionaria, puesto que aquí no ha cambiado nada, sigue siendo fundamental la cuestión leninista, la cuestión del poder”.¹³ En 1979

¹⁰ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

¹¹ Sacristán pronunció éstas palabras en la conferencia “Tradición marxista y nuevos problemas” (y en el coloquio posterior), que impartió el 3 de noviembre de 1983 en Sabadell, en un ciclo de debates organizado a propósito del primer centenario del fallecimiento de Marx. Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 115-155.

¹² Manuel Sacristán, “Comunicación a las jornadas de ecología y política”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 19-24.

¹³ Manuel Sacristán, “La situación política y ecológica en España y la manera de acercarse críticamente a esta situación desde una posición de izquierdas”, *BIEN*, nº 15, marzo-abril de 1981. El texto que se publicó en *BIEN* era una transcripción literal de la intervención realizada por Sacristán en el coloquio del 10 de mayo de 1979; posteriormente, el texto se

seguía pensando, como lo había hecho durante sus años de militancia comunista antifranquista¹⁴, que los estados burgueses eran obstáculos para conseguir una transformación social profunda, y, en consecuencia, seguía propugnando que éstos fueran destruidos y sustituidos por organismos políticos emanados del poder revolucionario de las clases trabajadoras y populares, y orientados hacia la construcción del socialismo.

Sacristán reconoció que las revoluciones producidas hasta entonces en la historia habían sido acontecimientos sumamente autoritarios que habían generado una gran concentración del poder en manos de una minoría. Una de las expresiones más rotundas sobre esta cuestión la manifestó en la mesa redonda sobre el estalinismo, celebrada el 23 de febrero de 1978 en el convento barcelonés de los Capuchinos de Sarrià, en la que recordó “la célebre frase de Engels según la cual no hay nada más autoritario que una revolución”, constató que el aspecto militar “siempre ha sido predominante en cualquier revolución”, cuestionó que fuera “posible el comunismo o el socialismo sin choque revolucionario violento con la clase dominante actual” y afirmó que no era “posible un cambio de clase dominante sin ejercicio de coerción sobre la antigua clase dominante”.¹⁵

Ahora bien, Sacristán concebía la conquista del poder como un proceso social extenso, no restringido a la lucha por el control del aparato de estado. Defendía la necesidad de una revolución no sólo política, sino también, y fundamentalmente, social. Por otra parte, Sacristán señalaba que los movimientos sociales, de hecho, disputaban el poder a través de su acción de base. Estas opiniones quedan muy bien reflejadas en la siguiente cita de una conferencia que Sacristán pronunció en 1980 en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona:

El movimiento ecologista tiene que plantearse el problema del poder. No para menospreciar el tipo de actividad que le es hoy característico, la actividad socio-cultural básica, pues esta actividad se encuentra en la raíz de todo, incluso de la cuestión del poder, si es que ésta ha de plantearse, como es más natural para el movimiento ecologista, de un modo no autoritario ni paternalista o dirigista. Pero sí sabiendo que desde ese plano social básico de lo que Gramsci llamaba “molecular” se está dirimiendo la cuestión del poder.¹⁶

Además, Sacristán defendía la práctica revolucionaria no sólo frente al poder político estatal sino también en la vida cotidiana: “Es una convicción común a todos los intentos marxistas de asimilar la problemática ecológico-social que el movimiento debe intentar vivir una nueva cotidianeidad, sin remitir la revolución

reprodujo en el libro Manuel Sacristán, *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987, pp. 18-23. Otra transcripción de este coloquio se publicó, con el título “Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán”, en *mientras tanto*, nº 8, 1981, pp. 33-52.

¹⁴ Sacristán ingresó en el PSUC en 1956 y en 1979 declaró públicamente que se había desvinculado de ese partido.

¹⁵ Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 27-54.

¹⁶ Manuel Sacristán, “¿Por qué faltan economistas en el movimiento ecologista?”, *BIEN*, nº 11-12-13, junio de 1980. Este texto se publicó posteriormente en el libro *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987, pp. 48-56.

de la vida cotidiana a ‘después de la Revolución’¹⁷. En la mencionada intervención en el coloquio del 10 de mayo de 1979, Sacristán volvió a plantear el tema. Tras afirmar que la izquierda debería aprovechar “la lección de Gandhi” para “potenciar a la larga políticamente los movimientos alternativos” decía lo siguiente:

En mi opinión, y para terminar, esto conlleva un corolario para el militante de izquierda en general, obrero en particular, comunista más en particular: el ponerse a tejer, por así decirlo, el tener telar en casa; no se puede seguir hablando contra la contaminación y contaminando intensamente. [...] La cuestión de la credibilidad empieza a ser muy importante, y conseguir que organismos sindicales, por ejemplo, cultiven formas de vida alternativas me parece que es no tanto ni sólo una manera de alimentar moralmente a grupos de activistas sino también un elemento que es corolario de una línea estratégica.¹⁸

Es decir, Sacristán planteaba que los revolucionarios, si querían ser coherentes, habían de llevar a la práctica, en sus formas de vida cotidiana y en las experiencias sociales colectivas, los principios que propugnaban y por los que estaban luchando. Como afirmó en su conferencia del 3 de noviembre de 1983 en Sabadell, “un sujeto que no sea ni opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, no nos engañemos, es un individuo que tiene que haber sufrido un cambio importante”.¹⁹

III

En la intervención que hizo en el coloquio de mayo de 1979 en el CTD, Sacristán propuso para la discusión tres líneas de actuación positiva. La tercera de ellas se refería a la conveniencia de que la izquierda asimilara la concepción estratégica revolucionaria de Gandhi. Sacristán consideraba que era necesaria una reflexión sobre la eficacia de las diferentes estrategias revolucionarias, en concreto la gandhiana y la que habían practicado las organizaciones comunistas. Vale la pena reproducir las dos versiones de las palabras pronunciadas por Sacristán sobre este tema. Éste es el fragmento de la transcripción publicada en *BIEN*: “Aquí hay que decir cosas bastantes crudas, y es que a estas alturas de finales del siglo XX uno no sabe muy bien quién ha tenido más éxito revolucionario estratégicamente hablando. Lo diré provocativamente puesto que se trata de provocar la discusión: si la III Internacional o Gandhi. Sin duda Gandhi no ha conseguido una India artesana, pero la III Internacional tampoco ha conseguido un mundo socialista [...]”.²⁰ A continuación se reproduce el fragmento, más completo que el anterior, de la transcripción publicada en *mientras tanto*:

¹⁷ Manuel Sacristán, “Comunicación a las jornadas de ecología y política”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 19-24.

¹⁸ Manuel Sacristán, “La situación política y ecológica en España y la manera de acercarse críticamente a esta situación desde una posición de izquierdas”, *BIEN*, nº 15, marzo-abril de 1981.

¹⁹ Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 115-155.

²⁰ Manuel Sacristán, “La situación política y ecológica en España y la manera de acercarse críticamente a esta situación desde una posición de izquierdas”, *BIEN*, nº 15, marzo-abril de 1981.

[...] conviene decir crudamente cosas bastante claras ya; principalmente que a estas alturas del siglo veinte, ateniéndonos a los países industriales, esto es, sin pretender incluir en estas consideraciones a los pueblos que soportan en última instancia la opresión y la explotación imperialistas, ha sonado y hasta pasado ya la hora de reconocer que la capacidad revolucionaria, cualitativamente transformadora, de las tradiciones más robustas del movimiento obrero ha resultado escasa. Por decirlo un tanto provocativamente; no se ve que la III Internacional (ni la IV, para el caso) se haya acercado a sus objetivos doctrinales más que el gandhismo a los suyos. Pero, además, el aprovechamiento de experiencias de las que por abreviar estoy llamando gandhianas puede servir para dar forma a la necesaria revisión de las concepciones revolucionarias en un sentido que les añada consciencia de alternativa radical.²¹

Cuatro años después, Sacristán volvería a insistir en esta cuestión en su conferencia “Tradición marxista y nuevos problemas”:

[...] si uno hace la historia de movimientos tradicionales que aceptaban la violencia y movimientos tradicionales de no violencia, por ejemplo, si uno hace una comparación de leninismo y gandhismo en cuanto a resultados, espero que no me consideren ustedes demasiado catastrofista si digo que los dos han tenido el mismo resultado negativo, no negativo en el sentido de que fueran pensamientos en sí malos, sino en el sentido de no haber conseguido sus objetivos. [...] De modo que, si hay que juzgar por los resultados, realmente la situación es de bastante perplejidad, y la vieja convicción de la política realista según la cual sólo una de las dos políticas podía ser eficaz, seguramente la violenta, mientras que otra por fuerza tenía que ser estéril, parece que al menos en términos generales no se pueda sostener, aunque sin duda se pueda sostener para casos particulares [...].²²

En todas esas ocasiones, Sacristán planteaba, como ha señalado Francisco Fernández Buey, la necesidad de “un diálogo entre leninismo y gandhismo”, una propuesta “poco habitual entonces en el ámbito del marxismo”.²³ Pero también estaba cuestionando la supuesta mayor eficacia de la acción armada, estaba reconociendo la capacidad revolucionaria de las orientaciones y las experiencias de lucha del gandhismo, como la no-violencia o la desobediencia civil, y estaba defendiendo la incorporación de esas ideas y prácticas gandhianas al proyecto revolucionario de transformación social en la era de las armas atómicas. Además, como se puede apreciar leyendo la transcripción del coloquio posterior a la conferencia “Tradición marxista y nuevos problemas”, Sacristán estaba reflexionando, en aquella época, sobre la proposición gandhiana de coherencia entre las finalidades y los medios que se utilizan para alcanzarlas:

²¹ “Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán”, *mientras tanto*, nº 8, 1981, pp. 33-52.

²² Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 115-155.

²³ Francisco Fernández Buey, “Prólogo”, en: Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 9-20.

Mientras que un marxista clásico, sobre todo de la III Internacional, de los primeros días de las III Internacional, o de la IV, habría tendido a una cierta separación entre fines y medios, me parece a mí que cada vez gana terreno en la sensibilidad contemporánea la idea de la, si no inseparabilidad, por lo menos enorme repercusión de los medios y de los fines. La idea de que no es tan fácil distinguir entre medios y fines, por lo menos en cuanto al resultado final. Pero son tendencias de la época y me limitaría a registrarlas sin hacer ninguna afirmación de orden teórico sobre esto.²⁴

En 1980, en la réplica a una comunicación de Vicenç Fisas, ambas publicadas en *mientras tanto*, Sacristán afirmó que el pensamiento revolucionario y el proyecto emancipador habían de incorporar las motivaciones pacifistas: “La justa motivación antimilitarista o pacifista suele contar con una certeza moral, la de que no se debe aceptar, acaso por respeto de su constancia histórica, el mal moral por excelencia, que es el matar, sobre todo el matar institucionalizado; ahora bien, para gentes de izquierda revolucionaria se puede añadir a ese fundamento moral otro que se desprende de la experiencia de revoluciones coronadas por el éxito militar y luego ahogadas en las consecuencias de ese éxito, las cuales hacen de cada una de esas revoluciones una vuelta más de la monótona noria que es nuestro pasado conocido. Por eso es tal vez hora ya de aplicar radicalmente al pensamiento revolucionario los criterios que se desprenden de la motivación antimilitarista y, con mayor razón, de la pacifista.”²⁵

Sacristán condenaba el militarismo, la violencia y las ideologías de guerra de los estados y sus ejércitos, pero también criticaba otras manifestaciones de violencia que en aquellos momentos no eran cuestionadas por la mayoría de los grupos de la izquierda revolucionaria:

[...] un fondo tradicional y hoy problemático del pensamiento de la izquierda revolucionaria, esto es, *no pone en discusión otras manifestaciones de la violencia que sólo por la falta de estatalidad se mantienen dentro de límites que se podría llamar mini-militares*. Si se trata de escarmentar en revolución ajena – en la rusa, en la china, en la vietnamita o acaso (y es el ejemplo quizá más monstruoso, aunque casi nunca se mencione) la mexicana-, entonces hay que aplicar la enseñanza también a las fuerzas que aspiran a repetir el cuento, aun en el caso de que sus finalidades o su tradición coincidan con las nuestras o sean afines a ellas. Y, desde luego, a nosotros mismos.²⁶

Que Sacristán criticara determinadas manifestaciones de violencia de los grupos revolucionarios no quiere decir que condenara la lucha guerrillera armada que a finales de la década de 1970 y los primeros años de la década de 1980 se estaba desarrollando en países como Nicaragua, El Salvador o Namibia. En algunos de los coloquios que siguieron a sus conferencias se le plantearon preguntas relacionadas con esta cuestión. Sacristán respondía,

²⁴ Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 115-155.

²⁵ Manuel Sacristán, “Réplica a la comunicación de Vicenç Fisas”, *mientras tanto*, nº 4, mayo-junio de 1980, pp. 33-36.

²⁶ Manuel Sacristán, “Réplica a la comunicación de Vicenç Fisas”, *mientras tanto*, nº 4, mayo-junio de 1980, pp. 33-36.

aproximadamente, lo siguiente: hay lugares del mundo en los que la acción armada era el único o el último recurso que les quedaba a los movimientos políticos y sociales de liberación para hacer frente a los regímenes dictatoriales, y en ocasiones extremadamente racistas, y a los sistemas económicos explotadores que estaban padeciendo. Por esa razón, según su parecer, había que poner el acento en la exigencia de desaparición de los ejércitos de los países industrializados y de las armas de destrucción masiva que poseen (nucleares, químicas y biológicas), y no en la demanda de desarme de los movimientos de liberación o de resistencia mientras no se acabaran las opresiones que combatían. Pero, añadía, los conflictos armados en esos países presentan un gran peligro: que se conviertan en un factor desencadenante de un enfrentamiento armado con armas atómicas entre las grandes potencias internacionales, que podría conducir a la desaparición de una buena parte de la especie humana y, también, al aplastamiento de los focos rebeldes existentes y a la finalización de todas las luchas revolucionarias. En su conferencia del 3 de noviembre de 1983 queda muy bien reflejada la posición de Sacristán resumida anteriormente:

¿Cómo puede uno pensar en desaprobado, por ejemplo, la lucha armada en El Salvador o en otros muchos lugares si tiene presente al mismo tiempo lo que se llamó [...] la violencia estructural en ese país, o en esos países, y la violencia policíaca, política, entendiéndose por violencia estructural la violencia que ejerce el mismo sistema en su desarrollo económico, en su vida cotidiana, y por violencia política o policíaca la ejercida conscientemente por los titulares de ese poder? Es obvio que no, que uno no puede simplemente tener en cuenta sólo una de las partes de esa violencia. Pero eso, por otra parte, no borra la profundidad del problema, porque al mismo tiempo uno tiene conciencia de que en cualquiera de esos lugares el conflicto su puede convertir en chispa que desencadene un conflicto mucho mayor al final del cual ni los salvadoreños, ni los nicaragüenses, ni tampoco los norteamericanos, tendrían ya nada por qué luchar, es decir, un conflicto mundial con el armamento hoy existente.

Frente a toda esa enorme complejidad del problema visto desde una perspectiva de tradición marxista, el movimiento por la paz suele reaccionar de una manera que puede parecer simplista, pero que es también muy robusta como conciencia. A saber: con la convicción de que toda esa complejidad a la que me he referido es fruto o expresión de una política anacrónica, de un modo de concebir lo político que ya no puede funcionar con las nuevas armas y la nueva conciencia de la humanidad. Anacrónico, no sólo porque en el plano más básico no cuenta con la eficacia enorme de las actuales fuerzas destructivas, sino además porque en el plano principal, el político, el social, no ya el material de las armas, no tiene tampoco suficientemente en cuenta, piensa el movimiento por la paz, los resultados por los menos mediocres, cuando no malos, de casi todas las grandes convulsiones sociales del siglo.²⁷

Por otra parte, Sacristán consideraba necesario no sólo la desaparición de la violencia ejercida por las instituciones, sino también una revolución cultural que consiguiera modificar los hábitos violentos de los individuos: *“Para la comprensión del hoy es necesario tener en cuenta que la violencia de las grandes instituciones no es sólo fruto de ‘la dimisión colectiva de la necesidad*

²⁷ Manuel Sacristán Luzón, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, edición de Salvador López Arnal, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 115-155.

de violencia de los individuos', sino también el terreno de ejercicio, de satisfacción de la violencia de muchos individuos contra otros, por no hablar ya de la violencia organizada no-estatal (la de las bandas fascistas, por ejemplo, o la del Ku-Klux-Klan). Si se pasa por alto todo eso, se produce un esquema reduccionista (esta vez político, en vez del económico del marxismo vulgar) por el que se sugiere que, una vez desaparecida la violencia institucional organizada tal como lo está hoy, queda resuelto el problema; y entonces resulta enigmático por qué estamos todos de acuerdo en que es necesaria una revolución cultural, una humanidad cambiada y no sólo la abolición de unas instituciones jurídicas y económicas.²⁸

IV

En marzo de 1982, después de la experiencia que supuso el movimiento anti-OTAN de 1981 en España, precedida por la oleada de movilizaciones por el desarme nuclear en Europa y otros lugares del mundo entre 1979 y 1981, en la nota editorial "Trompetas y tambores", publicada en *mientras tanto*, Sacristán profundizó todavía más su crítica al belicismo de los sectores de la izquierda revolucionaria (citando, concretamente, el Movimiento Comunista, la Liga Comunista Revolucionaria y el Grup Antimilitarista de Barcelona –GAMBA-) que habían impulsado y participado activamente en el movimiento anti-OTAN. Estos grupos se proclamaban antimilitaristas pero rechazaban el pacifismo, entre otras razones porque, según Sacristán, seguían creyendo en la inevitabilidad de la guerra, seguían "pensando en la transformación de una guerra interimperialista –o interbloques- en una guerra revolucionaria" y opinaban que el pacifismo era contradictorio con el apoyo a las guerrillas de Guatemala o El Salvador y a los movimientos de liberación nacional alzados en armas en diversos lugares del denominado Tercer Mundo. A continuación se reproducen los párrafos del artículo que aluden a estas cuestiones:

[...] los que quieren la paz internacional no se contradicen por sostener la lucha social en todas sus formas, desde las que tiene en el Vallés hasta las que toma en El Salvador.

Sin embargo, aunque no hay contradicción sí que hay problema para precisar cómo practicar el pacifismo, la lucha contra la guerra, en las condiciones contemporáneas nuestras. La solución del problema se tiene que orientar mediante dos supuestos (ya indicados) que son suficientemente sólidos: que las luchas de las clases explotadas y los pueblos oprimidos atacan a la raíz del riesgo de guerra que ha acosado a la humanidad durante la mayor parte de la historia documentada, la historia de las sociedades clasistas; y que una guerra mundial entre los dos bloques, que puede estar relacionada con luchas de emancipación, atacaría hoy a la subsistencia de la especie y, en el mejor de los casos, acarrearía sufrimientos indecibles y desembocaría probablemente en un embrutecimiento general bajo una tiranía sin fisuras.

Esos son los dos hilos de los que hay que intentar tirar para desenredar el ovillo: la necesidad de apoyar las luchas de emancipación y la necesidad de evitar el holocausto que terminaría con aquellas mismas luchas, entre otras cosas. La solución esquemática del problema según la tradición más simplista consiste en limitarse a la verdad abstracta de que la victoria de las luchas

²⁸ Manuel Sacristán, "Réplica a la comunicación de Vicenç Fisas", *mientras tanto*, nº 4, mayo-junio de 1980, pp. 33-36.

emancipatorias, la destrucción del imperialismo y su sistema capitalista, es el único camino que lleva a la superación del peligro de guerras. Limitándose a esa verdad se olvidan dos cosas relativamente nuevas y muy importantes: la una es que para llegar a superar el peligro de guerras hay que evitar mientras tanto *la guerra mundial*, la cual no dejaría mucho por superar; la segunda es que los movimientos que existen son como son, no siempre como dicen los libros, y aún menos como dicen las resoluciones de los partidos revolucionarios o nuestros teóricos. Y, cuando triunfan, puede resultar que esos movimientos no hayan leído bien los libros a los que tendrían que atenerse, y que se olviden de que ellos debían superar el peligro de guerras. [...]

En suma: reproducir a estas alturas la doctrina tradicional de la guerra sin tener en cuenta las novedades introducidas por el salto cualitativo en el armamento (con su repercusión en el aumento del poder militar) y por la dialéctica de los sistemas sociales nacidos de las revoluciones y luchas emancipatorias del siglo XX es practicar un anacronismo [...].

[...] Ese heroico trompeteo del Juicio Final revolucionario es peligroso también porque sigue concibiendo la organización social a través de un poder armado autoritario, sustancialmente militar.²⁹

No era la primera vez, ni sería la última, que Sacristán insistía en la enorme eficacia y capacidad destructora de las armas modernas, en particular de las armas nucleares, y las implicaciones que este hecho tenía para las estrategias revolucionarias. A este respecto, la opinión de Sacristán, en sus últimos años de vida, se podría resumir así: la lucha revolucionaria violenta en la era de las armas atómicas puede conducir a una guerra muy destructiva que podría aniquilar las fuerzas revolucionarias y las poblaciones en las que éstas estuvieran insertas; por lo tanto, es preferible una estrategia de transformación social basada en la no-violencia activa, en la desobediencia civil y en la lucha contra la guerra, por la supervivencia de la especie humana, por la paz y por la justicia social. Pero más allá del tipo de armas existentes, Sacristán cuestionaba también la idea de que para conseguir la paz fuera necesario librar antes una guerra. Como afirmaría en Gijón, unas semanas antes de fallecer, la paz es “la condición instrumental de otros bienes”, es un bien “sin el cual no hay ningún otro”, al menos “ningún otro que sirva para toda la gente”.³⁰

Además de en la nota editorial “Trompetas y tambores”, Sacristán insistió en diversas ocasiones que la asunción del pacifismo no implicaba una renuncia a la lucha por la emancipación sino sólo una renuncia a querer matar. Por ejemplo, en el artículo “La salvación del alma y la lógica”, publicado en *El País* en julio de 1983 y firmado también por la redacción de *mientras tanto*, afirmaba lo siguiente: “El pacifismo no consiste en sacrificar todo valor a la supervivencia, no consiste en no querer morir, sino en no querer matar. Un pacifismo inteligente sabe que ese programa no carece de dificultades, pero lo prefiere a la milenaria noria de crímenes que es la historia política.”³¹

²⁹ Manuel Sacristán, “Trompetas y tambores”, *mientras tanto*, nº 11, abril de 1982, pp. 11-16.

³⁰ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

³¹ Manuel Sacristán, “La salvación del alma y la lógica”, *El País*, 2 y 3 de julio de 1983. Reproducido en *mientras tanto*, nº 20, octubre de 1984, pp. 16-22.

En abril de 1985, en el artículo “Los partidos marxistas y el movimiento por la paz”, publicado en *mientras tanto*, volvió a criticar los planteamientos de los grupos marxistas revolucionarios sobre la guerra, la violencia y el pacifismo, indicando expresamente que se refería a aquellas formaciones “situadas a la izquierda del PCE y del PSUC, amén de algunos militantes de estos dos partidos, de Izquierda Socialista, de UGT y de CCOO”. He aquí algunos párrafos del mencionado artículo:

El pasado doctrinal de estas organizaciones [...] no las predispone para una lucha radical por la paz, ni siquiera para el antimilitarismo. [...] El hecho es que, partiendo de la frase de Marx acerca de la condición de partera de la historia que tiene la violencia, se ha traspasado la idea, en una extrapolación discutible, al plano institucional, y precisamente militar, desde poco después de la Revolución de Octubre y, sobre todo, desde la consolidación del despotismo burocrático estalinista.

El desencadenante del proceso fue, como es obvio, el cerco militar y económico (exterior e interior) a que se encuentra sometida toda revolución de verdad que no sea una “transición democrática” preparada y escenificada por las clases dominantes, sino que apunte claramente a destruir o disminuir apreciablemente el poder de éstas. [...]

La mediación entre la idea de Marx (que no se refiere a violencia institucional ni rebasa el ámbito de una sociedad dada) y el nuevo belicismo doctrinal de las Internacionales III y IV (la II practicó desde muy pronto el *viejo* belicismo capitalista: desde que votó los créditos de guerra de 1914) fue, una vez superada la guerra civil rusa, la política internacional. En ella se recuperó el ejército “nacional” permanente. La versión ideológica fue defensiva, y bastante sinceramente: en el ámbito estalinista se trató de “la defensa de la patria del socialismo”, y en el trotskista de “la defensa del primer estado obrero de la historia”, por burocrático que fuese; también la idea de “lucha de clases a escala mundial” cumplió su función en el nuevo militarismo, no, desde luego, porque fuera falsa, porque careciera de cosa que designar, sino por el modo como se concretó políticamente: por ejemplo, Werner Hoffmann, el ministro de Defensa de la República Democrática Alemana [...] llegó a decir que la bomba atómica es un arma de la lucha de clases (se supone que “a escala mundial”); y no hará falta recordar la siniestra inepticia de Mao Zedong que presentaba la guerra nuclear como antesala del socialismo.

[...] los partidos comunistas han tenido una concepción instrumental de las guerras como medios de defender o alcanzar el socialismo. De este modo se recuperaba la doctrina tradicional de la escolástica católica, la doctrina de la “guerra justa”. El modo específicamente marxista de hacerlo prolongaba el fatalismo que se puede desprender de la filosofía de Hegel, tal como se recoge y prolonga en la *Miseria de la filosofía* de Marx: la guerra justa revolucionaria quedaba cubierta por la tesis hegeliano-marxista de que la historia avanza siempre “por su lado peor” o “malo”.³²

V

Como todos los autores que defendían una estrategia de transformación de carácter revolucionario, Sacristán tuvo que pensar sobre el sujeto que debía protagonizar el cambio político y social. En su comunicación a las jornadas de

³² Manuel Sacristán, “Los partidos marxistas y el movimiento por la paz”, *mientras tanto*, nº 23, mayo de 1985, pp. 45-48.

ecología y política, celebradas en Murcia en mayo de 1979, defendía que “las clases trabajadoras, principalmente la clase obrera de los países industriales, se tienen que seguir viendo como sujeto revolucionario” porque “ellas son la parte de la humanidad del todo imprescindible para la supervivencia”.³³ En el coloquio del 10 de mayo de 1979 celebrado en el CTD de Barcelona, Sacristán volvió a afirmar esa misma idea. Explicó los motivos de su escepticismo respecto a la tesis de Rudolf Bahro de buscar el agente de la revolución social y ecológica “no en la clase obrera industrial, ni tampoco en las capas más desposeídas, desprovistas y explotadas, sino en la capa de los intelectuales de la producción –técnicos y científicos-, apoyados por los humanistas críticos y, a lo sumo, por los sectores más ilustrados de las clases trabajadoras”, y corroboró su pensamiento de que el agente potencial del cambio eran las clases trabajadoras, con los siguientes argumentos:

Primero, porque no me parece imaginable un agente de cambio social que, por una parte, es minoritario y, por otra, es en buena medida beneficiario de la situación existente. [...] Y, segundo, porque la clase social más imprescindible para la supervivencia es, en mi opinión, necesaria para el cambio. De modo que ni veo en la capa de los intelectuales un agente suficiente ni veo la posibilidad de que se produzca un cambio social cualitativo o importante sin las clases que más decisivamente aguantan la subsistencia de una sociedad.

[...]

Yo creo que la nueva problemática no cambia la vieja concepción del movimiento obrero revolucionario, según la cual el agente del cambio está en las clases trabajadoras (si es que llega a haber un agente con consciencia y voluntad), principalmente en el proletariado urbano.³⁴

En ese mismo coloquio, Sacristán indicó que se debía “potenciar a la larga políticamente los movimientos alternativos, los pequeños núcleos marginales o no tan marginales que existen, consiguiendo hacer un puente entre ellos y el grueso del movimiento obrero, al que considero de todos modos el protagonista principal”.³⁵

A pesar de ello, Sacristán era consciente del mal momento por el que atravesaba el movimiento obrero, como observó en la entrevista que concedió a la revista *Dialéctica*, publicada en 1983: “Lo malo es que precisamente el presumible sujeto revolucionario cuya función habría que subrayar hoy se encuentra en muy mala situación en casi todos los países de capitalismo avanzado.”³⁶ Por ese motivo y por la importancia que concedía a la irrupción de movimientos sociales como el ecologista, el feminista y el pacifista, tenía muy claro, como indicó en la comunicación de las mencionadas jornadas de ecología y política, que era necesaria una revisión “de la concepción del sujeto revolucionario en las sociedades industriales” y consideraba acertada la

³³ Manuel Sacristán, “Comunicación a las jornadas de ecología y política”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 19-24.

³⁴ “Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán”, *mientras tanto*, nº 8, 1981, pp. 33-52.

³⁵ Manuel Sacristán, “La situación política y ecológica en España y la manera de acercarse críticamente a esta situación desde una posición de izquierdas”, *BIEN*, nº 15, marzo-abril de 1981.

³⁶ Manuel Sacristán, “Entrevista con Manuel Sacristán”, *Dialéctica*, febrero de 1983. Reproducida en *mientras tanto*, nº 16-17, agosto-noviembre de 1983, 195-211.

propuesta de Wolfgang Harich de la necesaria “feminización del sujeto revolucionario” porque “los valores de la positividad, de la continuidad nutricia, de la medida y el equilibrio –la ‘piedad’- son, en nuestra tradición, cultura principalmente femenina”.³⁷

Es una pena que no exista, o no se conozca aún, una grabación con la respuesta de Sacristán a la pregunta de un asistente a su conferencia de julio de 1985 en Gijón, en la que le pedía su opinión sobre “si los nuevos movimientos sociales cuestionan la concepción tradicional marxista del sujeto revolucionario, en torno al movimiento obrero; si hay que ampliar esa concepción del sujeto revolucionario”.³⁸ Pero teniendo en cuenta lo que había escrito y manifestado hasta entonces, se puede afirmar que estaba pensando en un sujeto plural de la transformación social, en el que las clases trabajadoras deberían tener un papel central, por más que Sacristán insistía en resaltar la trascendental aportación, programática y organizativa, de movimientos sociales alternativos como el feminista, el ecologista y el pacifista. Creo que eso es lo que se desprende del proyecto *rojo, verde y violeta* que defendían Sacristán y el colectivo de personas vinculadas a la revista *mientras tanto*. Por otra parte, como ha resaltado Juan-Ramón Capella, Sacristán tenía claro “que el papel histórico de la clase de los trabajadores es un *proyecto* que no está en la naturaleza, por decirlo así, de esta clase social, en su ser espontáneo, sino que en todo caso ha de ser construido y querido”.³⁹

Me parece que hoy en día todavía es más pertinente la cuestión planteada por aquel asistente al curso sobre los nuevos movimientos sociales impartido por Sacristán en Gijón, ya que a muchos activistas sociales y políticos no les parece muy realista ni convincente la hipótesis de que el sujeto revolucionario principal pueda ser el movimiento obrero, sobre todo teniendo en cuenta, por una parte, la pasividad, la integración en el sistema consumista y la falta de sensibilidad ecológica de una buena parte de las clases trabajadoras, y, por otra, la gran cantidad de grupos y movimientos sociales que han ido emergiendo en las últimas décadas, la mayoría de ellos no basados en los intereses específicos de las clases trabajadoras, sino en problemas de dimensión planetaria, como el cambio climático, las guerras o la pobreza, y en los derechos generales de la ciudadanía frente al sistema capitalista y al orden militar e imperialista vigente. En todo caso, es un tema que conviene discutir y replantear de nuevo a la luz de las nuevas circunstancias.

VI

Las ideas de Sacristán sobre revolución y pacifismo comentadas anteriormente pueden ser útiles para todas aquellas personas y organizaciones que se sitúan, que nos situamos, en la izquierda social y en la izquierda política transformadora, y pueden ser un buen punto de partida para pensar de nuevo

³⁷ Manuel Sacristán, “Comunicación a las jornadas de ecología y política”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 19-24.

³⁸ Manuel Sacristán, “Introducción a un curso sobre los nuevos movimientos sociales”, *mientras tanto*, nº 114, 2010, pp. 11-35.

³⁹ Juan-Ramón Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005, p. 240.

toda una serie de cuestiones clave relacionadas con la concepción de la revolución social. En este apartado apuntaré algunas conclusiones, provisionales, sobre revolución y pacifismo, a partir de las ideas de Sacristán y de mis propias reflexiones sobre estas cuestiones.

- 1) Desde finales de la década de 1970 hasta su muerte en 1985, Sacristán mantuvo una voluntad y una motivación revolucionaria siendo consciente de que se estaba atravesando una etapa, previsiblemente de larga duración, de repliegue de la movilización obrera y popular y de retroceso de las posibilidades de transformación social y política. El hecho de que sus análisis políticos realistas no le condujeran, como a muchos otros en aquella época, a una renuncia del ideal revolucionario es una gran lección para todas y todos los que seguimos aspirando a una transformación política y social radical, aunque no nos engañemos sobre la fuerza real con la que hoy contamos para realizar esa titánica tarea.
- 2) De los escritos de Sacristán se desprende que concebía la revolución como un proceso en el que los de abajo, mediante sus ideas y su acción colectiva, disputan en la práctica el poder a los grupos dominantes de la sociedad. Esta y otras ideas similares de Sacristán, así como las lecturas de los escritos de Gramsci sobre esta cuestión, permiten ver la revolución como un proceso continuo, permanente, en el que conviene valorar positivamente todos los avances que se puedan ir consiguiendo, por muy modestos y pequeños que sean.

Quizás la vía más realista para intentar superar el sistema capitalista y la democracia limitada actual es la lucha por reformas parciales sustanciales y el desarrollo de mecanismos de participación política a todos los niveles. Pero ello no ha de suponer que nos olvidemos de que nuestros objetivos a medio y largo plazo aspiran a cambiar el sistema de producción y consumo capitalista por otro que sea socialmente justo y ecológicamente sostenible, y a construir una democracia que, a la vez, sea representativa y participativa. En este punto vale la pena recordar que Sacristán, en su comunicación a las jornadas de ecología y política, realizadas en Murcia en mayo de 1979, afirmó que no era “posible conseguir, mediante reformas, que se convierta en amigo de la Tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación creciente e irreversible”.⁴⁰

- 3) Una tercera cuestión a destacar es el énfasis de Sacristán en las insuficiencias de la democracia representativa y en la importancia de la política no institucional, extraparlamentaria, que la izquierda social desarrolla o puede desarrollar, directamente y desde abajo. Me parece que a las personas y grupos de la izquierda política que centran su actividad en las instituciones democráticas, como los gobiernos y los parlamentos, les convendría no perder de vista que una estrategia de transformación social y política de fondo debería combinar, para tener posibilidades de éxito, la acción sociopolítica de base (en los barrios,

⁴⁰ Manuel Sacristán, “Comunicación a las jornadas de ecología y política”, *mientras tanto*, nº 1, noviembre-diciembre de 1979, pp. 19-24.

empresas, centros de estudio...), la potenciación de los movimientos sociales, la participación en los procesos electorales, la actividad en las instituciones democráticas, en particular la que se puede ejercer desde los ayuntamientos y los parlamentos autonómicos, y un trabajo cultural de fondo que potencie las expresiones críticas de todo tipo, intelectuales, artísticas o vitales, y la formación política de los ciudadanos para protagonizar la transformación social.

En ese sentido, el trabajo encaminado a la construcción de una democracia de participación, que complemente la democracia de representación, debería ser una cuestión central del proyecto emancipatorio. No se trata de sustituir a los partidos políticos ni a los parlamentos ni a los gobiernos democráticos, sino de construir una democracia al alcance del conjunto de la ciudadanía. Eso ha de implicar, en primer lugar, un cambio en algunos hábitos de los propios partidos de la izquierda transformadora (elección de candidatos a través de elecciones primarias, control y seguimiento de la actividad de los cargos electos...). En segundo lugar, un mayor compromiso en los procesos de participación política por parte de las organizaciones de los movimientos sociales. En tercer lugar, un cambio de orientación de las instituciones democráticas, en particular de los ayuntamientos, que deberían promover procesos de participación democrática que incluyesen la deliberación y la decisión sobre asuntos esenciales de la comunidad, bien sea a través de consejos o comités conjuntos ayuntamiento – entidades ciudadanas o de referéndums vinculantes. Finalmente, todas estas instancias deberían asumir que uno de sus objetivos esenciales es estimular la implicación y la participación política del conjunto de la ciudadanía, que desgraciadamente se encuentra muy distanciada y, en muchos casos, decepcionada de la política que se realiza.

- 4) Es muy relevante la afirmación de Sacristán, de raíz gandhiana, sobre la necesidad de que durante el proceso revolucionario los individuos vayan cambiando sus comportamientos violentos. Se ha de valorar la trascendencia de su propuesta, también de inspiración gandhiana, de llevar a la práctica de la vida cotidiana los ideales que se proclaman, en particular, todo lo referido a las relaciones entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza. Y es que la transformación de las personas que quieren cambiar la sociedad es esencial y una condición necesaria para ir construyendo una ciudadanía comprometida con valores sustantivos como la justicia, la fraternidad, la libertad, la democracia, la compasión o la solidaridad, y unas relaciones sociales fundamentadas en estos valores.
- 5) La importancia que Sacristán concedió, en sus últimos años de vida, a los movimientos sociales alternativos, destacando entre ellos el ecologista, el antimilitarista y el feminista, sigue teniendo todo el sentido en la actualidad, aunque, obviamente, hoy habría que añadir a esa lista otros movimientos como el de homosexuales, lesbianas y transexuales, el altermundista o el de vida independiente.

En este punto, vale la pena remarcar el papel y la trascendental contribución de los movimientos sociales a los procesos de transformación social. Una de sus características es el hecho de que con su acción y sus propuestas pueden generar efectos políticos, sensibilizadores y culturales. Han demostrado ser unos eficientes constructores de conciencia colectiva y unos agentes activos en relación a los cambios que se producen en la sociedad, a menudo conduciéndolos y a veces evitándolos. Han demostrado tener una gran capacidad de sensibilización social, poniendo de relieve nuevas necesidades y problemas por resolver, y situando nuevos temas en el debate público, en las agendas políticas y en las programaciones mediáticas. Han sido vehículos de participación, creados desde la sociedad civil, que han jugado un importante papel de educación cívica y de promoción de valores. Y han influido en las ideas de sectores amplios de la sociedad, creando así las bases culturales y políticas necesarias para implantar soluciones satisfactorias y conseguir derechos y reivindicaciones substantivas. En definitiva, la mayor parte de las veces han actuado como agentes de transformación social, política y cultural. La capacidad demostrada por los movimientos sociales para construir conciencia colectiva y para ser agentes activos de los cambios políticos, sociales y culturales significa también que han sido y son unos importantes constructores de democracia. Y, lo que quizás es aún más importante, son unos constructores de democracia desde la base de la sociedad.⁴¹

Al actuar en nombre de una población o de un sector de la sociedad que se siente excluido, tratado con injusticia, afectado por problemas como el deterioro del medio ambiente o las agresiones sexuales, o sensibilizado por determinadas cuestiones como la pobreza o el militarismo, y al movilizarse para promover, evitar o anular, según el caso, cambios políticos, sociales o culturales, o para conseguir derechos y reivindicaciones concretas, los movimientos sociales se constituyen en agentes que inciden en la política, aumentando de esa manera el número de actores políticos y reflejando así el pluralismo existente en la sociedad. Al situar en el debate público problemas no resueltos, intereses no satisfechos, riesgos sociales y medioambientales existentes, derechos democráticos vulnerados, nuevas preocupaciones e inquietudes políticas, y al elaborar propuestas alternativas para su consideración, los movimientos sociales están ampliando la agenda de temas que ha de tener en cuenta el sistema democrático y sobre los cuales conviene deliberar y decidir políticamente de forma colectiva.

Los movimientos sociales cuestionan determinadas políticas de los gobiernos y presionan para que los gobernantes tengan en consideración la opinión pública, llegando a reclamar que la población sea consultada, convirtiéndose de esta manera en herramientas de

⁴¹ Enric Prat Carvajal, Mercè Renom, M. Luz Retuerta, "Introducció. El Baix Llobregat en moviment", en: Enric Prat, Mercè Renom, M. Luz Retuerta (dir.), *Constructors de consciència i de canvi. Una aproximació als moviments socials des del Baix Llobregat*, Edicions del Llobregat, 2009, pp. 11-34.

control de las decisiones y las actuaciones de los gobiernos, que es una tarea esencial para la construcción de democracias de calidad. Los movimientos sociales también han jugado un importante papel de promoción de valores como la paz, la no violencia, la solidaridad o la justicia social, no siempre asumidos por las instituciones. Entre los efectos democratizadores generados por los movimientos sociales también se ha de situar la lucha por la conquista de derechos democráticos para los colectivos discriminados, como, por ejemplo, el derecho de los homosexuales y de las lesbianas al matrimonio y a la adopción de hijos, el reconocimiento legal de los transexuales o el derecho al voto de los inmigrantes que han llegado a España en las últimas décadas.

Al promover formas de acción colectiva, como las manifestaciones, las huelgas o los actos de desobediencia civil, los movimientos sociales están utilizando canales de acción política al alcance de la ciudadanía, situados fuera de las instituciones, pero interpelando a través de ellos a las autoridades y a los grupos que forman parte de estas instituciones. La canalización de la participación de diversos sectores sociales y políticos hacia formas de acción no institucionales ha supuesto una extensión de la democracia existente. O, dicho de otra manera, estas formas de acción colectiva no institucionales han sido caminos alternativos de participación política que han ensanchado las formas convencionales de participación democrática. Al reclamar mecanismos de participación y de democracia directa, los movimientos sociales están cuestionando la delegación de los asuntos que afectan al conjunto de la sociedad en profesionales de la política que muchas veces les decepcionan y el hecho de que la participación política se limite al voto en las elecciones; están situando en primer plano la esencia original de la democracia, es decir, que la posibilidad de deliberar y decidir políticamente esté al alcance de todos; y están apostando por la conformación de una ciudadanía activa y participativa que supere la apatía actual. La participación política de las personas en las organizaciones de los movimientos sociales, bien sea como activistas o como miembros de alguna experiencia de comunidades o espacios alternativos y autogestionados, puede ser muy enriquecedora y formativa, y un verdadero aprendizaje de prácticas democráticas, de convivencia colectiva y de ejercicio activo de los derechos de ciudadanía.

Después de haber valorado las diferentes maneras de contribuir a la construcción de las democracias contemporáneas que han desarrollado y desarrollan los movimientos sociales, me parece necesario indicar algunos de los límites que tienen los movimientos en tanto que sujetos políticos y agentes de transformación en la democracia que existe en nuestra sociedad. Uno de los límites más importantes es que no tienen una presencia directa en las instituciones donde se aprueban las políticas públicas y las leyes que afectan al conjunto de la población. Otro obstáculo es la ausencia de canales efectivos para la participación de la población en la toma de decisiones políticas. Hay que recordar que la Constitución española sólo reconoce el derecho a una posible

participación directa y decisoria de los ciudadanos para la ratificación de la propia Constitución y de los estatutos de autonomía, y que las otras formas de participación son de carácter exclusivamente consultivo, como la iniciativa legislativa popular y el referéndum.

Por esos motivos, los movimientos sociales necesitan de la mediación de los partidos políticos presentes en las instituciones democráticas. Es cierto que las organizaciones de los movimientos sociales intentan conseguir sus objetivos a través de la movilización ciudadana y la presión a los gobiernos. Pero a las organizaciones de los movimientos sociales no les es indiferente la composición política de las instituciones, aunque no siempre lo declaran explícitamente. De hecho, muchas organizaciones de los movimientos sociales trabajan para establecer alianzas con los partidos políticos con los que tienen una mayor afinidad. Y eso es positivo, porque cuando los partidos que defienden los postulados de los movimientos tienen presencia institucional, los discursos de éstos se amplifican socialmente, las manifestaciones ciudadanas pueden ser más significativas y existen más posibilidades de conseguir resultados, ya que las demandas y los derechos exigidos por los movimientos sociales sólo pueden garantizarse si se incluyen en leyes y son aprobadas por las instituciones políticas democráticas.

- 6) Finalmente, hay que resaltar la crítica de Sacristán a todo tipo de militarismos, violencias y ejércitos, y la adopción del pacifismo y de la no-violencia como forma de lucha y como estrategia de transformación social y política.

Desde mi punto de vista, es imprescindible que el punto de partida del proyecto revolucionario, en Cataluña, en España y en Europa, sea el abandono de la idea de que sólo mediante la acción violenta se puede conseguir una transformación social profunda y la voluntad de utilizar formas de acción y estrategias de lucha basadas en la no-violencia y la desobediencia civil ante las leyes o decisiones políticas y económicas injustas.

Hay que cuestionar radicalmente la acción violenta, no sólo la que se ejerce desde los ejércitos o las policías de los estados, sino también la que se practica desde determinados grupos políticos situados en el campo del nacionalismo radical o de la izquierda revolucionaria, debido a las consecuencias negativas que genera (pérdida de vidas humanas, sufrimiento para las víctimas, sus familiares y amigos, y también para los familiares de los que practican la violencia, así como el propio efecto negativo del cambio personal que experimentan los activistas que practican la violencia, el autoritarismo y la intolerancia ante las disensiones internas que suele existir en las organizaciones violentas o la distorsión que provoca en los procesos democráticos y de participación política de la sociedad). Y aceptar, sólo para casos muy excepcionales, el ejercicio de una violencia defensiva, proporcionada, que no vulnere ni los derechos humanos ni las libertades democráticas.

Entiendo este escrito como una primera aproximación por mi parte al pensamiento de Sacristán sobre revolución y pacifismo, una temática que sin duda merece una mayor profundización. Soy consciente de que quizás he concedido demasiado espacio a la reproducción directa de las ideas y las propuestas de Sacristán, pero me ha parecido que así podría contribuir a incitar la lectura de su obra. Obviamente, el artículo no puede sustituir la necesaria lectura de Sacristán, entre otras cosas, porque la ordenación y ligazón de las citas ya suponen, en sí mismas, una parte importante del análisis y de mi interpretación personal de su pensamiento. Finalmente, quiero dejar muy claro que no pretendo sugerir que de las ideas de Sacristán sobre estas cuestiones se tengan que derivar, forzosamente, las conclusiones que he escrito en el último apartado de este artículo. Mi único propósito es que unas y otras sean útiles para pensar de nuevo sobre la estrategia revolucionaria de la izquierda social y política, partiendo de los datos concretos y de los fenómenos actuales.